

Palabras de bienvenida del Dr. Alfonso Alvarez Bravo, Expresidente de la Academia Nacional de Medicina, en la sesión solemne de recepción de los nuevos académicos, celebrada el día 19 de junio de 1968.

Sr. Dr. Dn. Isaac Costero, Presidente de la Academia Nacional de Medicina

Distinguidos miembros de la Mesa de Honor

Señores Académicos

Señoras y señores:

Ninguna comisión podría ser más agradable para mí que la de dirigir estas palabras a los académicos que llenos de fe, de ilusión por el trabajo y de entusiasmo por el progreso genuino, se incorporan hoy a esta centenaria Academia Nacional de Medicina, para contribuir con su esfuerzo a consolidar el ininterrumpido sendero de realizaciones de esta Corporación.

Antes de seguir adelante, como grata y sentida obligación, quiero dar las gracias a la Mesa Directiva de nuestra Academia por la gran distinción de que me ha hecho objeto al concederme el honor de hablar ante ustedes para recibir a los nuevos académicos, a la generación joven y prometidora que llega ahora a engrosar sus filas.

En una ocasión anterior en que tal como hoy nuestra Corporación recibía la savia joven y fecunda de nuevos académicos, decía yo, desde mi puesto de servicio como Presidente de la misma, que el tradicional prestigio y la reconocida calidad científica de la Academia honra y prestigia a quien ingresa

a ella y que, a su vez, el trabajo y valor científico de sus nuevos miembros honra a la Corporación y mantiene su valor ascendente de institución útil que hace labor trascendente para la medicina y el pueblo mexicanos.

Hoy, como entonces, tengo acendrada fe y justificada esperanza en que el honor que reciben ahora al alcanzar esta meta valiosa de su vida, no creará en ustedes el desgano de quien siente que su misión ha terminado, sino que será poderoso estímulo para la superación, intenso aliciente para acrecentar su propósito de servir mejor.

Reconozco que hay en ustedes el entusiasmo generoso de la juventud, la madurez de quien ha sido digno de alcanzar un escaño en este recinto, la inquietud de quien sabe que el progreso requiere la búsqueda de nuevos senderos.

Por otra parte, el panorama que ofrece la ciencia médica actual es extraordinario en posibilidades, promisorio en importantes realizaciones. Nuevas brechas se abren a la investigación en genética, biología molecular, inmunología, para no mencionar sino unas cuantas.

Pero no es sólo la actividad científica la que os pide el momento histórico que vivimos. La ciencia en nuestro

tiempo, no puede ser fría, vacía de contenido humano. Ciencia y humanismo deben caminar ahora de la mano. El científico y en particular el médico, no puede desligarse de los problemas humanos. Se ha consolidado ya en nuestro tiempo una clara conciencia de que todos los actos humanos, todo dominio de la naturaleza, deben orientarse a resolver los problemas del hombre, deben contribuir a establecer un mejor clima de justicia y bienestar, deben propender a crear un nuevo ideal humano con el que pertrechar a un mundo que se desea también, nuevo y mejor. La creación de este nuevo humanismo es en gran parte responsabilidad de la juventud. Y al hablar de juventud no me refiero precisamente a la edad, que no es ni todo, ni lo principal. Me refiero al espíritu generoso, renovador, digno de las mejores causas, capaz de olvidarse de sí mismo para promover el beneficio de los demás, respetando su libertad y sus derechos.

El interés por encontrar un justo equilibrio se hace patente en nuestros días más que nunca antes en la historia del mundo y de su sociedad humana. Este estado de crisis se manifiesta por síntomas externos indicadores de la aparición de un nuevo estado en las mentalidades y en las conductas, y por otros síntomas, también externos, que manifiestan oposición contra toda posibilidad de cambio. Entre estos últimos predomina con rudeza, el interés por conservar los viejos moldes, por medir la actuación y sus consecuencias en relación con los patrones llamados "tradicionales".

En efecto, el éxito o el fracaso en la vida, la autoridad moral, el prestigio intelectual y aún la elegancia en el actuar, se miden utilizando como baremo el paradigma de un hombre identificado con su sociedad y sus costumbres. El que no se adapta a ese molde arquetipo, idealmente entronizado, es considerado un rebelde. Con este criterio ¿puede ser fácil la renovación sincera y valiosa? ¿quién contribuirá más al progreso, el que se estanca en fórmulas oxidadas o quien tiene inquietud por encontrar nuevos caminos?

Quienes estamos en lo alto de la cima de la vida y podemos contemplar ambos lados del paisaje, debemos aceptar que de sana rebeldía estuvo lleno el camino que hemos recorrido y que de sana rebeldía queremos ver impregnado el camino que se proyecta hacia el futuro, siempre que sea producto de una reflexión profunda, de una sinceridad auténtica, del deseo decidido de buscar en el progreso condiciones de vida cada vez más humanas. Vemos pues que, en realidad, no es el hecho el que cambia, sino el mundo y éste nunca ha cambiado tanto y tan rápidamente como el mundo de hoy.

El progreso científico y técnico —que ahora ha sido logrado como nunca— debe servirnos para labrar este humanismo nuevo, no para destruirlo. Los hechos nuevos determinan la adopción de técnicas también nuevas que permitan la adecuación de nuestra vida al grado de adelanto obtenido en la búsqueda sincera de la satisfacción de los intereses humanos. Este humanismo nuevo debe abarcar todos los aspectos

de nuestra vida colectiva. Debe ser político, económico, cultural, científico, total y requiere de la actuación sincera, desinteresada y continua de cada uno en lo personal, desde el sitio que ocupe en el conglomerado humano.

Esa ciencia y esa técnica que, como científicos, nos toca considerar, constituye una parte importante de la capacidad creadora del hombre, capacidad creadora que todos nosotros deseamos, que todos perseguimos, que es extraordinariamente fructífera a condición de que se utilice para perfeccionar el orden del mundo, a condición de que se encamine hacia el beneficio humano.

Nosotros que como médicos entendemos claramente la significación que adquiere en el hombre su individualidad biológica, que conocemos la influencia decidida que sobre aquélla tiene su individualidad psíquica, que valoramos el papel de esta unidad antropológica en la constitución y la vida de la sociedad, no podemos aceptar fácilmente al hombre aislado, egocéntrico, ni a la sociedad que quiere serlo todo y desprecia la individualidad humana. Por otra parte, el hombre y la sociedad en que vive no se oponen ni deben oponerse. El punto de equilibrio

está en el centro de estos dos grandes valores. Como ha escrito Bergson, si no queremos renunciar a nuestra propia esencia, debemos considerar al hombre en el mundo, sin olvidar la significación que tiene su propia vida, como centro de los valores del mundo, y sin olvidar, asimismo, la significación que tiene su situación de "ser en el mundo" con deberes sagrados para con los demás.

Contribuid, pues, jóvenes académicos, al progreso de la ciencia médica, con la idea de que vuestra ciencia, tan valiosa y digna de consideración en sí misma, es además un elemento importante para la felicidad del hombre. Pero contribuid además, desde vuestro sitio, a hacer posible un nuevo humanismo, justo y sincero, que tome en cuenta al hombre y a la sociedad, a la persona y al grupo, a la libertad y al respeto indeclinable que debemos a todos los demás.

Recordad que como médicos, como científicos, como hombres cultos que tenéis intereses y metas más elevadas que el simple ejercicio profesional, tenéis graves responsabilidades para con México y para con el mundo.